

RÉGIS DEBRAY\*

## Las revoluciones del nuevo mundo o cómo regenerar el viejo\*\*

*En 1968 hay dos Francias. Una Francia industrial y tecnológica y otra social e institucional. El desarrollo del modo de producción y de distribución capitalistas ya no necesitaba de eso que sobrevivía por aquí y por allá, en las cabezas y el tejido social del Trabajo, Familia y Patria. Lo que entonces se juzgó como limitantes para la existencia individual, a la larga eran limitantes para la extensión de la mercancía a todo el campo social. El capital aspiraba a circular, la juventud a comunicar por encima de las barreras del pasado. El imaginario anticipaba a lo real, la ley del corazón coincidía con la de la eficacia.*

En 1968 hay dos Francias. Una Francia industrial y tecnológica y otra social e institucional. La primera tiene un tiempo rápido, dinámico, abierto al exterior: la industrialización y la concentración del capital se han producido aceleradamente desde la guerra. Nunca antes la humanidad había conocido ritmo semejante de crecimiento de sus fuerzas productivas como el que cambió el rostro de Europa después de 1945; jamás Francia, en el transcurso de su historia, había experimentado en un tiempo tan breve tal transformación de su infraestructura. La segunda Francia, la de las mentalidades y comportamientos, se casaba con la lentitud de las duraciones prolongadas, la que marca el ritmo del devenir de los valores y costumbres. Ese cruce coincidente en un mismo espacio de dos capas de historia es un dato intrascendente: por su ocurrencia y por

\* (París, 1940). Filósofo, político y escritor. En los 60 ganó relieve internacional por sus posiciones de izquierda. Fue capturado y preso en Bolivia cuando regresaba de la guerrilla del Che Guevara. A su regreso a Francia se vinculó a François Mitterrand y figuró entre sus consejeros como presidente de la República. Autor de numerosos libros.

\*\* Publicado en *Modeste contribution aux discours et cérémonies officielles du dixième anniversaire* (Librairie François Maspero, París, 1978), este primer capítulo, «Les révolutions du nouveau monde ou comment régénérer l'ancien», fue traducido del francés por Lourdes Arencibia Rodríguez.

la propia razón de la extraordinaria velocidad de expansión y de reacomodo brutal del proceso de trabajo productivo, tal cruce se volvió aberrante, propiamente insostenible. La sociedad francesa que se había vuelto «antieconómica» comprometía a término la rentabilidad de la Francia: sociedad anónima. Para la primera llegó el momento de alinearse a la segunda. El retraso era tal que hubo que trabajar a cuatro manos. En esta llamada a la realidad de la Francia de papá, se vivió un aire de locura; pero no era más que una alerta al orden de lo social por lo económico, la sumisión obligatoria de lo viejo a lo nuevo. Se decretó en [la facultad de] Cencier «la abolición de la economía». Evidentemente, había llegado el momento de entronizarla en todas las líneas de mando –política, cultural, administrativa, ideológica.

Se sabe que hubo tres Mayos: el levantamiento estudiantil («la revolución juvenil»); el movimiento reivindicativo de los trabajadores (la huelga general); y el Mayo de los políticos (la crisis del régimen). De su encuentro, más que de su fusión, nació el Movimiento. Pero lo que hizo decisiva o explosiva esa concordancia fue una discordancia latente y súbitamente revelada, donde «la crisis de Mayo» resultó a la vez síntoma y remedio. Tres hicieron una porque una hacía dos.

La asincronía llamaba, tras la síncope, a la lenta resincronización de los dos países, hoy día garantizada. El desfasaje de ambos circuitos exigía el cambio de voltaje. Un país conectado en 110 v, y otro en 220 v. Conjunción, cortocircuito, disyunción. Reemplazar los 110 v inservibles, cambiar el contador, renovar las varillas y los plomos. Y se vuelve a poner en funcionamiento. Modernícense también ustedes. No digan «modernización». Digan «revolución». Todos los empresarios se lo dirán: uno puede hacer que le paguen el doble si se sustituye una palabra por otra.

¿«El cagalaolla»? ¡Arriba! El más razonable de los movimientos sociales; la triste victoria de la razón productivista sobre las sinrazones románticas; la más opaca demostración de la tesis marxista sobre la determinación en última instancia por lo económico (tecnología + relaciones de producción). Hay que moralizar la industrialización, no porque los poetas estén reclamando para ella una nueva moral sino porque la industrialización lo exige. La vieja Francia pagó de un golpe sus atrasos a la nueva –atrasos reivindicativos, culturales y políticos–, y la capa de pizarra no era delgada. La Francia de la piedra y del centeno, el apetitivo y la institución, del sí-papá, sí-jefe, sí-mi-amor, recibía orden de

dejar el sitio libre para que la del *software* y el supermercado, las *news* y el *planning*, la del *know-how* y el *brainstorming* pudiesen exhibir sus buenas operaciones, al fin, en sus predios. Ese arreglo de primavera hizo las veces de una liberación, y *efectivamente* hubo una.

¡Finalmente se abrían los guetos! Empezando por el del mundo obrero (que no se integró a los cortejos estudiantiles, pero se puso a tono con el resto de la sociedad). La vida era asfixiante en este encuadramiento vetusto, donde se conservaban frioleramente los privilegios y las jerarquías de antaño: justicia, medicina, universidad, iglesias, etcétera. *También* el movimiento del capital, cuya reproducción hacía estallar de mala gana esas antañonas canalizaciones, devenidas obstáculos. El primer dique que se saltó fue la universidad —porque era ahí donde la presión se hacía más fuerte—. En primer término, cuantitativamente: los estudiantes pasaron de 200 a 600 000, entre 1960 y 1968. Cualitativamente sobre todo, por el tipo, las estructuras y los programas de enseñanza inadecuados para el nuevo mercado de trabajo. Para dar ocupación a una mano de obra masiva cada vez más descalificada, el capital requiere un personal de plantilla altamente calificado que las redes del nivel superior ya no le suministraban. Las luces del intermitente estaban bien encendidas, por ese lado, los controladores de la máquina, ubicados demasiado alto, no veían nada. «On se trouve actuellement, lit-on dans la revue *Prospective* (no. 14, 1967), devant l'aberration d'un système éducatif qui transmet des valeurs auxquelles il est manifeste que les élèves, les étudiants et les utilisateurs, c'est-à-dire les *employeurs*, n'adhèrent plus».<sup>1</sup> Ese distanciamiento se manifiesta por todas partes, más o menos acentuado, y los empleados lo sienten como intolerable y los empleadores como no rentable. La feminización acelerada de la fuerza de trabajo llama a un replanteamiento de la condición de la mujer; las contraintervenciones del Estado central llaman a una nueva articulación entre la metrópoli y las regiones; el atascamiento de los mecanismos judiciales llama a una nueva relación entre los que se benefician de la justicia y la maquinaria que los enjuicia. De manera general, una vez traspuesto cierto umbral de complejidad, conviene bajar el nivel de las tomas de decisión lo más cerca posible del nivel de aplicación para que

<sup>1</sup> Nos encontramos actualmente, se lee en la revista *Prospectives* (no. 14, 1967), de cara a la aberración de un sistema educativo que transmite valores a los que manifestamente los estudiantes y los usuarios, vale decir los empleadores, no se suscriben [*n. de la T.*].

resulten eficaces. Lo macro solo puede funcionar como reemplazo de los micros. Más allá de determinado gigantismo industrial (conglomerados, fábricas), los rendimientos crecientes se invierten y las pequeñas organizaciones se vuelven más rentables. La búsqueda de la máxima ganancia, lo mismo que las innovaciones técnicas más fecundas, pasa por el estallido de las unidades de producción.

Las reivindicaciones de identidad (el derecho a la diferencia) que a floraban en Mayo pasan primero que las exigencias de funcionalidad del sistema de explotación. Lo que entonces se juzgó como limitantes para la existencia individual, a la larga eran limitantes para la extensión de la mercancía a todo el campo social. El capital aspiraba a circular, la juventud a comunicar por encima de las barreras del pasado. El imaginario anticipaba a lo real, la ley del corazón coincidía con la de la eficacia. Por tal motivo, en 1978, «las tablas de la ley se encargaron de todos los frutos de Mayo». Y los frutos pasaron las promesas de las flores.

Únicamente incendiando la *subjetividad* podían imponer la ley del *objeto* mercantil a quienes la objetaran. Este último, por ende, allanó su camino con la etiqueta de «escóndete-objeto». El acoplamiento se realizó con la anuencia de las futuras víctimas, cuyo consentimiento solo se arrancó bajo la forma de desacuerdo. Las vías del orden pasaron por la revuelta. La sinceridad de los actores de Mayo se redobló con la astucia y sin ellos saberlo esta resultó redoblada con aquella. La cumbre de la generosidad personal se encontró con la cumbre del cinismo anónimo del sistema. Así como los grandes hombres hegelianos son para el genio del universo, igual los revolucionarios de Mayo fueron los hombres de negocios del genio de la burguesía que los necesitaba. No fue culpa de ellos sino del universo, donde uno no escoge nacer. Realizaron lo contrario de lo que creían realizar. La historia jamás es tan artera como cuando de ingenuos se trata.

Esta inversión de una vuelta al orden en subversión no hay que cargarla solamente al delirio ideológico, a su manera traducía un subterfugio objetivo. Hizo falta una pequeña guerra para que la moderna Francia estuviese en paz consigo misma y si no fue una guerra de verdad, tampoco fue un conflicto de mentirita. De hecho hubo que pelear *contra* la burguesía que estaba por entonces en el poder para lograr que aceptara satisfacer sus propios intereses. Cuando los hombres no están a la par de su destino, siempre hay alguien a quien echarle mano para contentarles muy a su pesar; ese fue el papel de los contestatarios de Mayo. La

burguesía se hallaba política e ideológicamente atrás respecto de la lógica de su propio desarrollo económico. Políticamente, con un régimen bonapartista «cuyos procedimientos acrecentaban considerablemente el poder de deflagración de los conflictos sociales» (Henri Weber). Ideológicamente, con un conjunto de valores heredados del pasado, remanentes de un estado de desarrollo obsoleto. Para administrar un cuerpo social de donde ella misma había expulsado a los campesinos (14 % de agricultores en la población activa total en 1968), conservaba la cabeza rectora campesina. Pero en los laterales, los oportunistas de De Gaulle eran todavía los mismos del mariscal Pétain, secuelas de un mundo rural y catolicón que De Gaulle había enterrado física pero aún no psicológicamente. Todos esos goces anales de la retención, de los límites y de apretarse el cinto, no podían aguantar por mucho tiempo bajo la presión de las nuevas corrientes, pero todavía desempeñaban no obstante un papel de fuerte contención. No se asiste a la eliminación del «tenderete» en un país que se llena de grandes «supermercados por departamentos» con la mentalidad del señor Homais.

El desarrollo del modo de producción y de distribución capitalistas ya no necesitaba de todo eso que sobrevivía por aquí y por allá, en las cabezas y el tejido social del Trabajo, Familia y Patria. ¿Para qué servía el culto al trabajo cuando la fuente principal de la plusvalía ya no estaba en la cantidad de trabajo aportado sino en su calidad tecnológica, es decir en la materia gris utilizada? ¿Y cuándo los entretenimientos se vuelven una mercancía en sí mismos –actividad generadora de empleo y de sobreganancias–? Mientras que y porque la utilidad del trabajo se acrecienta en los países desarrollados, «el tiempo libre» se torna, a su vez, productivo.

¿Para qué sirve la familia patriarcal a partir del momento en que el principal obstáculo para el auge industrial reside en la vieja burguesía familiar, en la gestión y en las técnicas obsoletas? El capitalismo patrimonial –el del siglo XIX y el de principios del XX– se estaba convirtiendo en un proyectil para el capitalismo de accionistas, y gracias en parte a los efectos de Mayo, pudieron llevarse a cabo la concentración del capital financiero y la reestructuración alcanzando a los grandes grupos industriales que se consolidaron después de Mayo (Saint Gobain, Pont à Mousson, CGE, Usinor, etcétera). Pronto JJ. SS., el futuro ministro de Reformas, podría proponer en el manifiesto del capitalismo avanzado

*Cielo y tierra* (1970) «la abolición de la transmisión hereditaria de la propiedad de los bienes de producción».

¿La patria? En un momento en que el Mercado común prescribe la supresión de las últimas barreras aduanales, cuando las multinacionales se convierten en el motor decisivo del desarrollo económico mundial, cuando la reestructuración del capital francés impone una dependencia creciente de los grupos financieros americanos y alemanes (Westinghouse, Honeywell, Boeing, etcétera), a la patria, y para eso está el 14 de julio, le toca lo que le tenía que tocar.

La estrategia de desarrollo del capital exigía la revolución cultural de Mayo. Pero de eso no se sabía nada. El capital tampoco. La mercancía no tiene estrategia. Tampoco Mayo. El uno y el otro son «movimientos»: procesos, como les dicen en sabia doctrina a las cosas que marchan solas. Esas cosas con motor incorporado son las que marchan mejor. La oleada llega espontáneamente de los caballos de frisa que en vano le oponen el peso muerto de las tradiciones, la envidia de los desplazados, el confort de las rutinas. Miren a su alrededor en los escaparates y en su lugar: son las consignas, los libros, los personajes, las ideas de Mayo las que «marchan con mucha fuerza». La mercancía también, gracias. Cada vez mejor, más y más rápido. La mercancía es una fiesta, móvil, inalcanzable, de remolino, y Mayo fue la fiesta de la movilidad. Se marchó mucho en Mayo y por múltiples razones. Un sociólogo malicioso podría imputar a los retrasos en la movilidad social de un país todavía estatizado en sus jerarquías tradicionales esta movilización en el espacio urbano de las futuras capas en alza de la nación: justa compensación simbólica –recibo de garantía sobre el futuro—. El ascenso en la escala de los ingresos bloqueada momentáneamente, el deambular en las calles en horizontal ya es testimonio de movimiento.

¿Habría que lamentar tanta entropía? Esta fabulosa energía derrochada en las calles, «liberada» a cielo abierto, sin tarea concreta ni punto de aplicación? Está de moda lamentarse, no hay que ceder demasiado a eso. Transformada por los diversos aparatos de Estado en reformas, leyes-cuadro, estatutos, reglamentos, enmiendas, secretariados de Estado y ministerio (de Reformas, de la condición de la mujer, de la calidad de la vida, del trabajo manual, del medio ambiente, de los jóvenes, del deseo, de las energías nuevas, de las ideas nuevas, etcétera) fue pese al inevitable desperdicio vinculado a ese tipo de operaciones desde que el sol existe, cuidadosamente puesta a disposición por el propio sistema

contra el que se había desperdiciado. Para abrir a la burguesía el camino del nuevo mundo los militantes de Mayo tuvieron que resistir los golpes de sus «destacamentos especiales de hombres armados». Se comprende que el sentido del sacrificio y el culto de la abnegación se hayan perdido algo desde entonces en los jóvenes «revolucionarios».

«Corre, camarada, el viejo mundo está tras de ti». En Mayo se corrió mucho porque era el papel de las vanguardias preceder el movimiento y mostrar el camino. La distancia que se puso entonces de manifiesto entre los preclaros culturales y el grueso de la tropa política y social es la distancia que separaba a un Estado centralizado, opaco y denso de una sociedad civil en plena renovación, ágil, dinámica; es la distancia que separaba a la burguesía real de su propio concepto.

El Estado recupera diariamente su retraso. El transcrecimiento del sistema, indispensable para su supervivencia se operó y se sigue operando en la corriente de Mayo. Las nuevas funciones del capital encontraron sus órganos adecuados. Después de que el Patriarca vio el impacto de su destitución (abril de 1969, contragolpe de mayo del 68) por la voz combinadas de los cambistas de la Bolsa y los agentes del cambio de la Sorbona; Pompidou, el latinista, nacido en Montboudif, de padres maestros, deja limpio el escenario frente a Giscard el economista, nacido en Coblenza, de un padre dedicado a las finanzas internacionales. El humanismo clásico le pasa la antorcha al sistemismo del MIT, los de la Normal Superior de los gabinetes ministeriales a los cabezones de la ENA. La vieja burguesía del Estado a la nueva burguesía financiera. Claro que hubo subversión en ese tránsito de lo arqueo- al neo- pero solo eliminó las relaciones que unían, en el seno de la sociedad liberal, las técnicas de gestión a las prácticas de dominación. Pasamos de una tecnocracia vergonzante (escondida tras un carisma patriarcal) a una tecnocracia triunfante (pero de fachada) a un autoritarismo vergonzoso (más difuso y más real). El relevo está garantizado. ¡Bravo por el joven topo!